



Diario de Sudáfrica IX

Enero 28, 1985, martes - Todavía buscando apartamento. Del 17 al 19 de enero estuve en el Buddhist Retreat Centre en el Drakensberg. El lugar, como apartado de toda civilización, entre montañas. Una vista fabulosa. El monje budista era inglés, pero ha pasado como diez años en el Oriente. Fui con Janice Squire, psicóloga, y el marido Patrick, fotógrafo. La arquitectura es primitiva, pero muy interesante, obra del fundador, un arquitecto sudafricano budista. Había pensado quedarme nueve días, pero me arrepentí. No me relacioné con el Dharma (las enseñanzas), del monje. Lo más importante para él era que nos concentráramos en cómo sentimos el aire que respiramos,

la piel contra el suelo que vamos pisando. También insistía en que no reaccionáramos a nada. El me pareció ausente de vida con su voz monótona, su Dharma repetido hasta el infinito, su cabecear en medio de las meditaciones que empezaban a la 5:00 de la mañana y duraban hasta las 9:00 de la noche con recesos para desayuno, almuerzo y cena. Tampoco nos permitían hablar. Conocí a una chica escultora, de Pretoria. Una vez que estábamos en la cocina (teníamos que lavar nuestros propios platos), me dijo que le gustaría hablar conmigo pero como no era posible, le gustaría escribirme. En seguida vino la encargada, una mujer flaca, pelirroja, de unos 60 años, y me dijo que yo estaba molestando a todo el mundo con mi conversación. La 'conversación' mía, en voz baja, no duró ni un minuto. También, me tocó de compañera de cuarto, una chica que vive en Transkei. Hace un año se casó con un médico y se fueron a vivir para allá. Me decía que le gustaría que yo la visitara. Ella hablaba tan bajito que yo casi tenía que adivinar lo que me decía y yo estaba hablando en un tono aun más bajo de en el que normalmente hablo. Pero eso bastó para que se apareciera la pelirroja y me dijera que yo estaba molestando a todo el mundo con mi conversación (que duraría, en voz baja, unos tres o cinco minutos). Eso fue suficiente para mí. Pero tal vez vuelva si tienen otros programas que me interesen. La pelirroja se va para Tailandia. Además, me dicen que traen monjes distintos y tal vez venga alguno que sea menos aburrido que éste. El precio es casi un regalo: R36 por tres días incluyendo casa y comida. La dieta es vegetariana. Durante los tres días que pasé allí no cesó de llover. Cuando terminábamos la meditación de las 9:00 de la noche, había que ir a oscuras y entre la lluvia, desde el salón de meditación hasta los dormitorios, ya que sólo hay luces en los tres edificios, pero no afuera. Por suerte, Maribel me había prestado una linterna. Desde que regresó de España el 11 de este mes,

está tratando de conseguir una visa para quedarse unos meses en Sudáfrica. Sólo le dieron permiso para quedarse dos meses. Está tratando de conseguir una beca para terminar su investigación de los monos vervets. Todo está en veremos.

El domingo fui con Maribel y Goodie a unas celebraciones religiosas en un templo hindú. Había cientos de personas. Aquí, la comunidad india es amplia y económicamente están bien. Parte importante de las celebraciones es el pago de las promesas, según me explicó un indio. Además de las ofrendas de comida, frutas, alcanfor quemado, flores y otras cosas, muchos de los allí presentes se atravesaron la cara y la lengua con pinchos, y con una especie de anzuelos, se colgaban de la piel de las espaldas y los brazos, docenas de limones, cocos, flores, tarros de leche. Llevaban además, unas guirnaldas de flores amarillas y caminaban sobre coturnos de clavos. Hicieron una procesión desde la plazoleta delantera, hasta el templo, cargando estas cosas. Algunos empezaban a dar gritos como si les hubiera entrado un muerto. Yo, para entrar al templo me quité los zapatos, pero en la plaza, que estaba churrosa, me los puse otra vez. Mientras caminaba entre aquel fuerte olor a alcanfor quemado, sentí que me dieron un puñetazo en la espalda. Me volví a ver qué era, y me di de frente con una india quien a gritos me decía que me quitara los zapatos. Obedecí de inmediato. No quería levantar iras en aquel fanatismo enardecido ya por los efectos del ritual y del calor intenso del mediodía. El festival es el Thai Poosam Kavady.

Ayer hablé con Julia, que enseña español elemental en la Universidad. Me cuenta que las luchas entre la tribu de los pondos y la de los zulus que recientemente han dejado un saldo de cientos de muertos, han tenido lugar no muy lejos de su casa, en Amanzimtoti, y muy cerca del establo donde está su caballo Xanadú. Ella sigue yendo a ver a Xanadú

todos los días. No sé como tiene valor. La sirvienta de ella, que es zulu, ha tenido que traer para casa de Julia a toda su familia (once en total). La casa de Julia como casi todas las casas de aquí, tiene los cuartos para criados, llamados Kwa, en el patio y ahí se han metido los once zulus porque tienen miedo de estar en su poblado. Los pondos mataron a una familia entera que vivía al lado de la casa de la criada. Las guerras tribales son sangrientas. Se matan con pangas (machetes), se tiran gasolina y se queman. Según me dicen esta guerra empezó porque los pondos se están mudando muy cerca del territorio de los zulus y los zulus no quieren que se les aproximen otras tribus. Hace días que la lucha empezó y todavía sigue.

Desde que vine a este país, han cohabitado en la cabaña varios lagartos. En un momento del día se iban todos y se quedaban dos, como puntos fijos, en el cielo raso del loft, cerca de donde tengo mis colchones. Cuando compré la pequeña televisión, la puse en la ventana del loft. Pues bien, a los lagartos les dio por desahogar sus intestinos encima de la TV. Decidí echarlos. Ellos acostumbran pasar la mayor parte del día en el piso de abajo y por la noche suben al loft. Cuando a la hora señalada (alrededor de las 10:00 PM) se estaban preparando para subir, los asusté con una escoba dirigiéndolos hacia la puerta, hasta que se fueron. Uno inspeccionaba la cocina y el otro (la otra?), el baño. Después de recorridos semejantes, se iban para arriba, para el loft. Le conté a Maribel que los había echado y me dijo: "Pues no volverán más, porque ellos son territoriales. Te aseguro que esos dos que has visto en el loft en todos estos meses son los mismos". Hace casi una semana que los eché y no han vuelto. Cuando llegan las 10:00 de la noche y no los veo venir, me parece que algo falta en la cabaña.

Marzo 23, domingo,1986 - Hace algunas semanas, viaje a la entrada del Transkei, con Gloria Cross, la agente de bienes raíces. Fuimos al casino del Wild Coast Hotel. El casino, una pobre imitación del --para mí tan tedioso--, Las Vegas. Profusión de máquinas para apostar. Gané algunas veces, perdí otras. Salí perdiendo R4. Al regreso, pasamos por Margate. Gloria quiso que fuéramos a un lugar que describió como interesante, a tomarnos un café. Resultó ser el Bromberg, combinación de café, restaurante y tienda de víveres donde en octubre del '85 había saboreado mis primeros flapjacks. Estos dos momentos resultaron irreconciliables. Recuerdos demasiado distantes para ser realidad del momento y que persistieron en su ajenidad cuando pasamos el De Rijst Tafel, el restaurante de aquella cena indonesia que había pasado a niveles de recuerdo; cuando pasamos The Sea Horse Chalets, de tan fácil acceso a la playa, luz de velas y voz de Racine.

El 7 de marzo, cena en casa de los Dini. Habían invitado a un joven médico argentino, enrolado en el barco Catamarca porque le resultaba imposible ganarse la vida en su país. Me impresionó su personalidad, retraída y limpia. El doctor Dini y yo lo acompañamos al barco. Conversamos largo rato en su camarote. En los pasillos del barco, varias mujeres zulus. Alberto me explica: son prostitutas que vienen a acostarse con los tripulantes. En cada puerto suben mujeres a los barcos y después se pasan días hablando de eso como una prueba infalible de machismo. Alberto me cuenta que como él se mantiene al margen de esa práctica, los tripulantes se ríen de él. Pero no se deja intimidar por la presión de grupo. Cuando no tiene que hacer consultas, tiene su tiempo estrictamente regulado: desde las 6:00 o 7:00 de la mañana hasta las 6:00 de la tarde, lee libros de Medicina. De 6:00 de la tarde a 8:00 de la noche, estudia japonés. En el barco,

ha viajado extensamente, sobre todo por el Oriente. Ama el Japón. Tiene amigos japoneses que aún practican el rito del té. Habla de los japoneses en un tono sosegado y fascinante. Le di la dirección del profesor Antonio Cabezas, de la Universidad de Kyoto. Me prometió ir a saludarlo. El barco salía para varios puertos del Oriente, con escala de diez y siete días en el Japón. Aunque no conozco a Antonio personalmente, me he escrito con él desde hace años. Traduce poesía japonesa al español.

El sábado, 8 de marzo me mudé a un pequeño apartamento que compré aunque aún no me han dado el título de propiedad. La dirección: 32 Sunningdale, 530 Frere Road, Durban 4001, Republic of South Africa. Teléfono: (031) 25-97-03.

El apartamento está en un cuarto piso, sin elevador. Es muy claro y se experimenta en él una especie de armonía y serenidad. Desde las tantas ventanas, se ven los techos de tejas, hileras de palmas, el puerto. Desde mi cama, veo el cielo, casi siempre azul, o rojizo al amanecer o a la entrada de la tarde. Antes de mudarme me preocupaba que en esta área no se oyera el canto de los pájaros, al que ya me había acostumbrado en la cabaña. Pero aquí está, acompañando.

Mireya Robles

Biografía: http://en.wikipedia.org/wiki/Mireya_Robles

Fotos: Mireya Robles